

Tres mil euros

ALBERTO S. MONTÓY



Capítulo 1

Tres mil euros

Toda mi vida había sido un infierno pagar el IBI. En mi caso, lo pagaba el día veinticinco de cada noviembre de cada año, y por el motivo que fuere nunca tenía ese dinero reservado en el banco así que según se iban acercando los días mi cuerpo recibía una puñalada por cada día que se acercaba a la fecha.

-¿Parece que no has dormido bien, no?.- típica frase en el trabajo.

-¿Se nota no?, es que ayer tuve una noche guapa, ya sabes.- y lo dices como si hubieras tenido sexo durante toda la noche, pero de eso nada, en realidad no pegaste ojo pensando en cómo pagar el IBI.

No llevar las cuentas domésticas correctamente influye en temas colaterales de todo tipo porque unas cuentas van empujando a otras y al final vas creando una enorme cuerda con todo tipo de nudos. Entonces es cuando el miedo se nota en el temblor de las manos.

Incluso Mozart, Bethoveen y una gran cantidad de genios no fueron buenos gestores de sus cuentas y todos en algún momento sintieron el frío en su puerta.

Esa era mi situación cuando llegó aquel mes de noviembre. Ya había pagado el colegio de Basil y el último pago de la matrícula universitaria de Raúl.

-O van a un colegio bilingüe o despídete de mi. La mejor herencia que les dejarás a tus hijos es una buena educación - me decía siempre Clara, de modo que o hacía caso o me veía fuera de la unidad familiar.

Ella nunca pensaba en las cuentas de la casa, eran cosas más decía, pero ni juntando el sueldo de ella, el mío y el del conserje hubiera sido posible pagar tanto y ahorrar para noviembre.

Así que cuando leí **n o v i e m b r e** en el calendario sentí que mis piernas se hundían en el césped, el IBI estaba al caer a final de mes y como siempre me había pillado en calzoncillos.

-Cielo, a mi la que me gusta es esa! - dijo Clara dos años antes con una sonrisa que parecía el puente de San Francisco mientras ojeábamos la

selección de nuestra futura casa.

Los dos teníamos claro que con la llegada de Basil cambiarnos de casa era obligado, vivíamos en un piso de cincuenta metros cuadrados y con Basil habíamos pasado de tres a cuatro. O sea, que tocábamos cada uno a doce metros cuadrados sin contrar pasillos, cocina o baño. El cambio era algo obligado en nuestro ADN familiar.

Llegó el día en que Clara se presentó casa con un montón de información de casas cercanas a nuestra zona. Yo observaba que mientras ella miraba casas no miraba precios y yo hacía al rebes, primero veía el precio y después la casa, de modo que muchas de ellas ni las tenía en cuenta pero así no funcionaba Clara, primero la casa, después el precio aunque fuera desorbitado para una familia como la nuestra.

-Mira, ésta es perfecta tres habitaciones, un escritorio, un hall de entrada amplio, tres cuartos de baño y parcela no muy grande para no tener que trabajarla demasiado pero suficiente como para poner una piscina y que se bañen los niños. Es perfecta.

-Pero ¿has visto lo que cuesta? Es una enormidad Clara!!

-A mi la que me gusta es ESTA!!. - Y puso su dedo índice sobre la foto del cartel de la inmobiliaria como diciendo ¡¡ESTA, ESTA, ES LA QUE ME GUSTA, ENTIENDES!!. Y por supuesto, acabamos comprándola.

Cuando iba para casa mi cara se volvió del rojo al azul y de esta al violeta pensando en nuestra situación financiera. Nuestra casa cabía en el salón de la que acabábamos de comprometernos pero su coste era exorbitado. En total seis cifras una detrás de otra que iban cayendo en mi retina como si fueran seis cartas sobre la mesa pam pam pam pam PAM. Como es natural tuve que pedir prestado a mi padre la mitad para poder hacer la reserva.

Cuando fuimos a hacer la entrega del cheque lo intenté de nuevo.

-Cariño no crees que esta otra también está muy bien. Aun estamos a tiempo de cambiar de idea, fíjate son tres habitaciones, una más de la que tenemos ahora, dos cuartos de baño, trastero, garaje y salón de veinticinco metros. Es perfecta y vale un treinta por ciento menos.

-Si cielo, pero es un Tercero. ¿Es que me quieres matar, no te dicho que mi sueño es tener jardín y piscina ¿dónde metes la piscina en un tercero, me lo quieres contar? o sea, que no, no hay nada mejor que ÉSTA. Al decírmelo se acercó tanto a mí que pensé que sus ojos eran los míos que me miraban desde fuera. Igual yo era un pesimista y el futuro siempre es mejor que el pasado, así fue como empecé a escuchar al agente de la inmobiliaria y según me iba contando virtudes de la casa yo IBA contando

los ceros.

Clara tenía la solución. La podríamos comprar sin problemas porque yo ascendería en mi trabajo, ella cambiaría el suyo por otro mejor, venderíamos nuestra casa y los bancos aportarían el dinero que nos faltara, además de la entrada que nos la dejarían nuestros padres.

-Pero Clara, mi amor, aun con todo eso y vendido la nuestra a buen precio nos faltaría un montón de dinero que no nos va a dar el banco.

-Desde luego eres único si se trata de amargar la vida a la gente, mira que eres negativo.

Pero para nuestra sorpresa cuando fuimos a negociar con el banco ni nos pidieron aval, nos financiaron el cien por cien del coste del chalet e incluso más y no tuvimos que pedir prestado a nuestros padres. Parecía que Clara tenía razón y yo era un pesimista de mierda. Así fue como acabamos con un precioso unifamiliar al que le daba el sol todo el día. Mejor sería decir Todo el Puto Día porque para salir al jardín en verano había que ponerse gorro para que el sol no te cegara.

Han pasado siete años y desde entonces somos prisioneros del orgullo y la avaricia de los bancos. Era veintinco de noviembre y faltaban tres días para la campana del IBI. Me levanté temprano para preparar un desayuno con tortitas que nos gustaban pero al abrir el frigorífico no quedaban huevos, me vestí, subí al coche y fui al supermercado cercano a casa que estaba a unos dos kilometros. En el camino no miraba el paisaje veia el número veintiocho por todas partes de forma luminiscente en las puertas de las casas, en las matrículas de los coches y hasta en la radio que llevaba conectada.

En eso de hacer que otro fuera el responsable de un marrón y que encima uno se sintiera halagado Clara era un fenómeno. Ya lo dejó claro cuando la compramos, ella se desentendía del día a día de los pagos porque bastante era ya ocuparse de los niños. Así pues oficialmente fui nombrado responsable de marrones y magias familiares.

-Cielo tu te encargas de los pagos de la casa, ya sabes, hipoteca, contribución, impuestos y esos gastos que tu sabes administrar muy bien, al fin y al cabo todo lo que tenemos es de los dos. Yo de todo lo demás.

¿Pero qué era todo lo demás, la comida y los niños y sus problemas, eso era todo lo demás?. Sé que lo normal es no gastar más allá de donde llegue la manta para que no se hielen los pies pero esa no era nuestra situación, que llegabamos haciendo bicicletas y todo tipo de argucias financieras para acabar el mer.

Nuestro IBI era tan astronómico como dos hipotecas en un mes en el que no tienes extras en el que no puedes eliminar ningún otro gasto, en el que tienes que hacer frente a todo sin más ayuda que la de nosotros mismos y nuestra propia culpa.

En estos casos prefiero no herir la sensibilidad de Clara, le cuento cosas pero no de todas, ella está encantada con la casa, ella tampoco pregunta, no quiere saber nada porque sabe demasiado y con uno de los dos sufra es suficiente. Ella siempre es positiva y al final tiene razón las cosas no se por qué pero siempre se arreglan.

Aparqué el coche cerca de la puerta del HIPER y me dirigí a las estanterías para hacer las compras. Me sorprendió que a primera hora del sábado hubiera tanta gente. Cogi los huevos, la avena y crema de tortitas y me puse en la cola de caja.

Delante de mi estaba un indigente que conocía porque a veces se ponía en la entrada del super y le daba algunas monedas . Era muy agardecido y te sentías mejor dándole unas monedas que dejándolas para tí. Entre las cosas que llevaba vi que uno de los productos era un desodorante. Indigente pero limpio, este es mi indigente, parece una contradicción pero no, los indigentes necesitan los mismos artículos o más que los demás, pensé. Tienen un trabajo que consiste en que otros les paguen por decir buenos días o por nada, como muchos otros que fichan cada día de jornada.

Mientras la dependienta le facturaba vi un sobre al final de la bandeja de recogida que me recordó a aquellos que tenía mi madre para la cartilla de ahorros. Supuse que lo cogería el indigente, pero no, recogió sus pertenencias y se quedó el sobre pequeño y sucio en la bandeja.

Estaba parcialmente roto como si llevara allí algún tiempo y lleno de tachaduras. Aunque parecía desde mi distancia publicidad algo me decía que no, así que cuando recogí mis artículos lo cogí como si fuera uno más y lo metí en la bolsa como un producto más.

Cuando llegué al coche dejé las bolsas en el asiento del copiloto y saqué el sobre para abrirlo. Estaba lleno de tachaduras con números de cuatro cifras y dentro había una cartilla de ahorros, como la de mi madre, pero de la Caixa muy vieja con 3000 euros en billetes de doscientos y quinientos euros. Por un momento me quedé sin pensar en nada, pensé en el IBI y en el tiempo que llevaría el sobre en el cajero sin que nadie lo cogiera. Parecía que hubiera estado en la bandeja de recogida más de un mes por el estado en que estaba. Pero no era posible porque las cajas las limpian cada día y eran las diez de la mañana, luego no podía ser que ya estuviera tan sucio a esa hora ni que llevara varios días en aquel cul de sac de recogida. ¿cómo era posible que estuviera tan roto y sucio, o que

ninguna cajera lo recogiera o que nadie hubiera reclamado su perdida?

Era la primera vez en mi vida que me encontraba algo y menos de esa cantidad que parecía maná del cielo. Enseguida pensé en la protección de mi madre que a pesar de llevar muerta varios años siempre pienso que me protege, ahora menos que al principio cuando hacía de guardiana de mi casa. No me cabe duda de que el sobre estaba puesto para mi. Incluso es posible que no fuera visible para nadie salvo para mi, éstas cosas ocurren y el dinero era de verdad, la cartilla era de verdad, los tachones eran de verdad.

La cartilla llevaba cancelada CINCO años, y sin embargo, había una tarjeta de embarque de una compañía aérea con destino a Bolonia de tan solo meses atrás. La tarjeta de embarque estaba sin utilizar pero que yo sepa las tarjetas de embarque cuando pasas el control te la cortan en dos, una parte se la queda el pasajero y la otra la compañía aérea para su control. Si la tarjeta no estaba cortada podría indicar que no se había habido utilizado después de haber pasado por facturación. Igual pasó algo que hizo que en último momento no volara, cosas así ocurren todos los días y acaban produciéndose no shows en la puerta de embarque y en los mostradores de facturación. Quizás Bolonia solo era un pretexto para desaparecer.

Tenía en mis manos tres mil euros, no me lo podía creer. Flipaba viendo el espectáculo de aquella cantidad como si fuera un millón entero. Me puse nervioso porque era la solución al IBI y a dejar aparcado mi insomnio, los billetes se me caían entre los dedos, me agaché dentro del coche para contarlos de nuevo no fuera que me hubiese equivocado o fueran falsos, pero no, había cuatro billetes de quinientos y cinco de doscientos todos buenos. Miré por la ventanilla por si se trataba de una broma o una prueba de comprobación de la dignidad de las personas de esas que ponen por la tele. Pero no pasaba nada, nadie miraba desde fuera. Volví a meter el dinero en el sobre, tuve la tentación de quitarle los mil euros que me faltaban y devolver la cartilla donde la encontré pero no lo hice, era dinero que buscaba un dueño y ahora ese dueño era yo. Volví al centro para hablar con el guardia.

-Quería preguntarte si alguien ha perdido un sobre recientemente.- dije sin más explicaciones.

-Maria, ¿alguien ha perdido un sobre?.- el guardia se lo decía a la cajera en la que yo había estado tan solo cinco minutos antes.

-¿Qué contenía el sobre?

-Nada importante, una cartilla de banco y unos papeles.- dije quitando importancia. De ninguna manera iba a decirle que llevaba también tres mil euros dentro. Era casi navidad y sé el rollo: si nadie pregunta ellos se lo

quedan y se montan una fiesta a lo grande. Antes de que eso ocurra la fiesta me la doy yo.

-Mire, hacemos una cosa, le dejo mi número de teléfono y mi nombre por si alguien pregunta por el sobre.

Cuando llegué a casa le conté la historia a Clara y mi hija Basil que se puso muy nerviosa.

-Papá ¿Has visto la cantidad de tachaduras de cuatro cifras que tiene el sobre?. Son las claves del cajero cuando saca el dinero. Una vez que lo saca cambia de clave ¿por qué? es muy raro, algo pasa, no es normal. ¿Y si te han puesto el sobre de cebo? ¿y se trata un yonki que le ha robado la cartilla a su madre y ahora que sabe lo que has hecho te lo reclama o te denuncia a la policía o yo qué sé?

Nunca imaginé que una niña de diez años tuviera tanta imaginación pero su argumento me desconcertó por unas décimas de segundo. Nadie en casa sabía que esa era mi solución para pagar el IBI y por nada del mundo iba a devolver nada.

-Papá deshazte del sobre o entrega la cantidad al banco ya! . - me decía Basil como si el miedo le hubiera congelado las meninges.

La verdad es que lo de los tachones también me hacía pensar, conté más de cincuenta tachaduras de números en columna tal diez columnas, lo que implicaba mucho orden para perder nada, y menos un sobre con tres mil euros. El sobre era rectangular de no más de 8 por 15 centímetros, exactamente igual que los que usaba mi madre. En aquellos tiempos las cartillas siempre se guardaban en sobres y éstos se guardaban a su vez en las mesillas de noche de la habitación de matrimonio. En mi casa si abrías el cajón de la mesilla de mi madre siempre encontrabas la cartilla con los pocos ahorros que guardaba, un rosario y una imagen de la Virgen del Pilar. Eso me hacía pensar que la persona que había perdido el sobre tenía que ser una persona mayor y seguramente mujer. O sea, que de yonki nada y toda esa película que me dijo Basil, tampoco. Sin embargo, no tenía explicación para los tachones.

Era sábado y para calmar la situación dije que devolvería la cartilla al banco el lunes. Además habíamos quedado con mi hijo Neko y su novia Jun para la cena, así que sería un buen momento para sacar el tema y ver qué pensaban ellos.

Mientras pasa el día pienso en que mi madre ha sido la que ha puesto para mí ese sobre divino. Aunque se fuera hace años siempre tengo la sensación de que no se ha ido ¿quién sino iba a ayudarme de esa forma tan desinteresada con un sobre lleno de pasta justo cuando estoy a punto

de un colapso por IBI?.

Ese día en la cena a Neko se le ocurrió una idea que acogí de inmediato.

-¿Y si devuelves ese dinero a indigentes poco a poco para que les llegue a muchos?

-Esa idea me gusta, vamos a brindar por ella. El lunes intentaré saber algo más de la cartilla y su propietario y si la opción no es buena siempre está la de los indigentes!.- levantamos las copas y brindamos por los indigentes.

El lunes camino del trabajo me acerqué a una sucursal de la Caixa y conté lo sucedido al empleado que me atendió y me sugirió que hablara con el director.

-Déjenos la cartilla que nosotros encontraremos a su propietario. - dijo el director, que tenía bastantes menos años que yo.

-¿Y cómo la van a encontrar si ya no es cliente de ustedes?.- le recuerdo que hace cinco años canceló la cuenta y le doy a entender que no me tome el pelo.

-Nosotros tenemos sistemas de comunicación con otros bancos y podemos saber con cual trabaja ahora y entregarle su cartilla con el dinero.

-Entiendo, pues no se preocupe, ya la encontraré yo.- respondí dando un portazo leve, pero portazo, y me marché. De ninguna manera iba a dejar que el banco se quedara con la pasta que me iba a salvar noviembre.

La siguiente fase de mi investigación fue la tarjeta de embarque. Comprobé el nombre que figuraba de compañía aérea, destino y fecha del vuelo y llamé a una amiga que casualmente trabajaba en esa compañía.

-Hola Tina, te paso los datos de una tarjeta de embarque a nombre de C. Monterrey Lanin que voló el veintitrés de junio pasado a Bolonia ¿podrías abrir el vuelo y decirme algo más?

Dos días mas tarde me respondió diciéndome que en sus datos aparecía un número de teléfono y que se trataba de Carme Monterrey Lanin.

-Gracias Tina, suponía que era una mujer, por fin podré devolver la cartilla y el dinero, no sabes cuanto te lo agradezco.- me cago en la puta ya no puedo pagar el IBI, mi problema quedaba sin resolver.

Llamé inmediatamente a Carme Monterrey pero no contestó, pensé <bien> La volví a llamar por la tarde y al día siguiente por la mañana tampoco cogió el teléfono, <bien>. No tenía whatsapp y le dejé mensajes

que nunca contestó <bien>.

Después de una semana y varios intentos fallidos ingresé los 3000 euros en mi cuenta corriente, pagué el IBI y empecé a devolver el dinero a indigentes de la calle. Para no pasarme de la cantidad y repartir lo mejor posible hice una cuenta en excel en la que apuntaba la cantidad dada y la parte que iba quedando.

El primer indigente fue el que iba delante de mí unas semanas atrás en el Centro Comercial. Siempre estaba en la puerta y te saludaba con una sonrisa en la que se podían contar los dientes uno a uno sin temor a equivocarte, uno, dos, tres, cuatro... Le entregué un billete de quinientos euros y me fui al coche como si fuera algo que hiciera todos los días.

El indigente me llamó.

-!Oiga señor que me ha dado quinientos euros!.- lo dijo pensando que me habría equivocado, pero hice un gesto con la mano como diciendo ya lo sé, es Navidad.

Cuando di la vuelta con el coche para salir pasé delante de él, bajé la ventanilla y le desee "Felices Fiestas". Veinte metros más adelante vi por el espejo retrovisor que el indigente me hacía reverencias.

En esas fechas de Navidad siempre hay programas de televisión que recuerdan que hay personas en otras partes del mundo que están peor que tú y apadriné a dos niños de un país africano del que nunca había oído hablar. Total seiscientos euros para los dos. Me dijeron pasarían a ser mis hijos adoptivos pero me negué en redondo, bastante tenía ya con los míos.

Meses más tarde quedé con unos amigos en el centro de la ciudad y un indigente borracho me hizo reír. Estaba sentado en medio de la acera con una botella en la mano y a voz en grito se reía y hablaba.

"Esta noche es Viernes y esta noche Ehhhh, Jajajaja, esta noche es Viernes y esta noche Ehhhh Jajajaja" y le daba un trago al brick de vino que dejaba en el banco en el que estaba sentado. Lo repetía varias veces con cadencia de teatro japonés ja-ja-ja-ja separado cada sílaba que sonaba como a risa falsa pero disfrutando de su intención. Era imposible no que no cayera simpático, la gente lo miraba y se reían igual que yo. Era el rey de la acera, se dirigía a todos y a ninguno, se dirigía a sí mismo recordando seguramente etapas anteriores de su vida. Su carcajada no dejaba indiferente a nadie, la tengo en la memoria como una de las carcajadas más alegres e intencionadas que he oído nunca. Se mereció otros cuatrocientos euros y seguro que esa noche oiría en su interior el eco de su ego que le decía esta noche es Viernes Ehhhh Jajajaja mientras se tiraba a alguna fulana gastándose el dinero y apurando el último trago

de vino que le quedara.

Semanas más tarde una mujer guapísima y joven estaba tumbada en la puerta del cine Palafox, tenía un cartel pidiendo limosna. Parecía increíble que una mujer tan joven y guapa como aquella tuviera que pedir nada a nadie, mas bien parecía lo contrario, que tendríamos que dar dinero por verla, pero estaba allí, con los ojos a un punto de nadie. La veías y te daban ganas de hacerte amigo de ella, invitarla al cine, a cenar, pedirle su nombre, teléfono y quedar con ella algún día para conocer su historia y por qué no, soñar, hacerse amante temporal de una sirena, hacer el amor en playas de arena y dormir desnudos hasta el amanecer. Vestía bien, no era una mujer de calle ni llevaba tiempo en las aceras, era algo anómalo que no cuadraba con nada. Me dieron ganas de preguntarle si podía ayudarla, si podía llevarla a algún sitio, lo que fuera para recuperar su autoestima o hablar con ella para que contara su historia, pero fui incapaz de vencer mi timidez, su imagen, aún con su indigencia temporal me intimidaba. Me acerqué y sin decirle nada le dejé quinientos euros.

Quedaban mil euros por repartir y los fui dejando en propinas de café, gasolineras, restaurantes e indigentes de todo tipo tirados sin ojos en las calle con carteles enormes donde contaban su historia, básicos rumanos o artistas de estatuas congeladas, como la mujer de Lot.

Un mes más tarde después de finalizar mi acuerdo con Neko y Basil quedé con JL para desayunar. Nos encantaban los papaviejos, una especie de masa frita rebozada en azúcar, mucho azúcar. Quedábamos los primeros viernes de cada mes, yo acababa de cobrar una extra así que antes de que llegara él me acerqué al banco y saqué dinero para la reserva del coche de Neko. Los papaviejos estaban divinos de la muerte y después de dar un repaso familiar mientras tomábamos el café nos marchamos del bar, JL a su casa y yo a trabajar, era viernes, ultimo día de la semana y estaba deseando que terminara antes siquiera de haber comenzado. Al llegar a la oficina guardé las cosas que llevaba en el cajón de trastos personales y eché mano de la cartera pero con horror descubrí que no la llevaba encima, me fui corriendo hasta el coche porque era seguro que se habría caído al salir de él. Los seiscientos metros que había entre mi oficina y el coche los recorrí en apenas cinco minutos fui a toda leche por si alguien pasaba o aparcaba junto al mío y se quedaba la cartera con la pasta que había sacado del banco.

La busqué por todas partes, levanté los asientos dos veces, miré debajo del coche y lo recorrí por los costados sin encontrar nada de nada. Mi cartera no estaba. Llamé a JL para que se acercara al bar a preguntar porque seguro que me la habría dejado cuando fui a pagar, pero me llamó para decirme que tampoco estaba. Entonces cogí el coche y volví al banco donde saqué el dinero. El empleado se acordaba de mi porque había

estado hacía menos de una hora pero no, allí tampoco estaba mi cartera.

JL me preguntó cuanto tenía en la cartera, le expliqué que tenía que pagar la reserva del coche de Neko y que llevaba tres mil euros. Le conté la historia del sobre y lo que me había ocurrido esa mañana y apretaba los labios como diciendo <joder, que puta coincidencia>.

Esa mañana me había puesto una americana diferente a las que solía llevar, los bolsillos estaban recubiertos con tela parecida a la seda. Me subí al coche, me quité la americana y la puse en el asiento de mi derecha pero seguramente no me di cuenta que la inercia del peso de la cartera podía hacer que se deslizara por la abertura del bolsillo y cayera fuera.

Un amigo me habló del karma, pero no podía ser karma lo que había pasado porque no me quedé con el dinero, no se lo quité a nadie, busqué a la mujer para entregárselo y finalmente repartí el dinero. No era karma, era una putada que el destino me hacía, pero seguramente tampoco fuera eso, una cadena se nutre de eslabones para poder girar y a la mía le faltaba el eslabón que encontré, ahora alguien necesitaba un eslabón y yo lo ayudé, nada más, la rueda siempre gira, no puede parar nunca, se abre camino como el agua en la madera, abre caminos sin mirar cómo ni a nadie ni porqué.

Seguí yendo al super y nunca me dijeron nada del sobre ni de que nadie fuera a preguntar y el indigente cuando me ve aun me sigue haciendo reverencias.